

# Presencia social de la población indígena en Acapulco<sup>1</sup>

Beatriz Canabal Cristiani\*

La población indígena de la Montaña de Guerrero ha mantenido desplazamientos continuos tanto para trabajar en labores agrícolas en la Costa Grande o en la Tierra Caliente de la entidad como en el estado de Morelos. Esta dinámica migratoria se intensificó en la década de 1990 con la salida de grandes contingentes de trabajadores agrícolas hacia las zonas de la agricultura más capitalizada y de exportación en el occidente y el noroeste del país, en Baja California, Sonora y, sobre todo, Sinaloa. Primero se trató de la salida de los hombres de las comunidades y más tarde participaron las mujeres. Ahora se desplazan las familias completas.

Esta intensificación en los desplazamientos de la población indígena se relaciona sin duda con la falta de estímulos a la producción de granos básicos, pero también con el abandono de esta región en cuanto a servicios fundamentales y con el recrudecimiento de la violencia.

La emigración guerrerense se ha incrementado tanto en las salidas hacia Estados Unidos como a sitios lejanos para trabajar durante largos periodos y luego regresar a las comunidades. Sin embargo, también ha crecido la población que migra y se asienta cerca de los sitios de trabajo y, de manera permanente, en centros turísticos como Acapulco y Zihuatanejo, así como en la zona metropolitana del valle de México, integrada por el Distrito Federal y diversos municipios del oriente del Estado de México.

La migración interna ha redistribuido a la población en el país y, de acuerdo con Romo y Téllez (2013: 84), hoy la distinguen las siguientes características: su crecimiento se ha estabilizado y ahora la población involucrada en los movimientos internos es más numerosa que la que sale del país; hay cambios importantes tanto en los orígenes como en los destinos, ya que el norte y la frontera han dejado de ser atractivos, mientras se consolidan los asentamientos de migrantes en los sitios turísticos y las periferias de las ciudades y las zonas metropolitanas. En 2010, en las 59 zonas metropolitanas del país residían 63.8 millones de habitantes; es decir, 56.8% de la población nacional que se ocupaba preferentemente en el sector servicios y 49.2% que laboraba en el sector secundario (*ibidem*: 92-96).

Acapulco sigue siendo el municipio más poblado del estado de Guerrero, y actualmente concentra –después de La Montaña–, a la población indígena más numerosa. A su llegada, los indígenas han conformado colonias donde predomina la gente *savi* (mixtecos), *nahuas*, *me'epah* (tlapanecos) y *ñomnda* (amuzgos), prioritariamente. Hoy se habla de la presencia de cerca de 15 000 indígenas que provienen de la región del Alto Balsas y de la Montaña, aunque no hay

\* Profesora-investigadora, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (bcanabal@correo.xoc.uam.mx).

<sup>1</sup> Este trabajo se deriva de un proceso de investigación desarrollado en el puerto de Acapulco en compañía de la doctora Gabriela Barroso, de la Universidad Autónoma de Guerrero, así como de profesores de escuelas bilingües y de Magdalena Valtierra, animadora de varias organizaciones sociales de los residentes indígenas.

datos que refieran con mayor exactitud la dimensión de esta migración. La mayoría son nahuas de la región del Alto Balsas y del municipio de Chilapa; en segundo lugar se encuentran mixtecos y tlapanecos que provienen de los municipios de Malinaltepec, Metlatónoc y Tlapa, en la región de la Montaña.

En este puerto ha predominado la oferta de trabajo en el sector terciario, en particular en los servicios, que en 2004 daban ocupación a 45% de la población. Este porcentaje no sólo se ha mantenido, sino que, de acuerdo con el censo de 2010, se elevó hasta ocupar a 82.8% de la población (*Censo...*, 2010; *Encuesta...*, 2004).

La población indígena que se establece en el puerto se ocupa en actividades de trabajo formal e informal, abarcando un gran abanico de ocupaciones en grandes o pequeños establecimientos o bien en la venta y oferta de servicios en calles y playas. Se ocupa en trabajos de albañilería, herrería, mecánica, limpieza y servicio doméstico en hoteles, casas y restaurantes, y asimismo en la producción y venta de comida, artesanía y el trabajo en la playa en actividades como masajes, aplicación de tatuajes y elaboración de “trencitas”.

Esta población llegó a Acapulco en busca de trabajo temporal y poco a poco se fue estableciendo y ocupando espacios en lugares circundantes, lejos del centro turístico, fundando con parientes y paisanos núcleos vecinales y colonias donde se registra una mayor o menor diversidad étnica y en muchas ocasiones predomina alguna lengua. Por ejemplo, en la colonia Chinameca se ubica mayoritariamente población mixteca, mientras que en la colonia Unidos por Guerrero se ha establecido 49% de población mixteca, 15% nahua, 10% tlapaneca y 3% amuzga, de acuerdo con el censo de población levantado en 2007 en esa colonia, coordinado por Gabriela Barroso.

A su llegada, los migrantes que fundaron sus colonias no encontraron servicios, comunicación, transporte ni viviendas. Ellos han tenido que luchar para que se introduzcan las condiciones mínimas y vivir a las orillas del puerto. Aun así carecen de buenas condiciones de vida. También encuentran un ambiente hostil cuando se les identifica como indígenas; por ello, intentan borrar hasta donde sea posible su origen, impidiendo que sus hijos hablen la lengua, o bien optan por acercarse en las colonias o en las escuelas bilingües a organizaciones sociales que defiendan sus intereses.

Ser indígena en Acapulco implica inclinarse por esas dos opciones: procurar el ocultamiento de su origen étnico, dejar de hablar la lengua y mimetizarse entre la población mestiza, o asentarse en colonias donde conviven con gente de su mismo origen, organizarse para tener una mejor situación de trabajo y de vida a partir de su condición de indígena y luchar por ser reconocidos como tales, aunque hayan perdido la relación inmediata con la tierra y su comunidad.

Como señalaba Cristina Oehmichen en un ensayo sobre los indígenas de la ciudad de México:

Los migrantes indígenas han encontrado en la pertenencia étnica y comunitaria uno de sus más firmes soportes para sobrevivir en un medio hostil. Las redes de parentesco les han permitido afrontar situaciones difíciles y hacer frente a múltiples necesidades. Dichas redes son movilizadas para ayudar al recién inmigrado a conseguir trabajo y alojamiento. Asimismo, son movilizadas para obtener permisos para el comercio en la vía pública y enfrentar la competencia por el espacio urbano [...] Las redes comunitarias han servido también para conformar frentes de lucha política por la vivienda y organizaciones de tipo gremial para obtener un espacio para trabajar en el comercio y para sacar de la cárcel a sus miembros cuando son detenidos por la policía (Oehmichen, 2005: 217).

Así, los migrantes indígenas de Acapulco han conformado nuevas formas asociativas que se inician con su incorporación a redes familiares o comunitarias que facilitan su traslado, los contactan con agentes privados o gubernamentales y les ofrecen facilidades para reconocer los sitios donde sean recibidos y puedan trabajar.

### **La presencia social indígena en el puerto**

Para los habitantes indígenas, vivir y trabajar en Acapulco significa superar una gran cantidad de retos que van desde la prohibición para realizar sus actividades de comercio en las playas y calles hasta el riesgo de ser multados o de que les “levanten” la mercancía y sólo en algunos casos los “toleran”. Este tipo de problemas, al lado de los que padecen en sus colonias, que por lo general carecen de los servicios más indispensables, los han orillado a organizarse en núcleos sociales de acuerdo con sus actividades. Como es de esperarse, estos núcleos sociales tienen como sello distintivo su conformación en torno a las identidades étnicas.

De este modo se ha generado una gran diversidad de organizaciones, como las escuelas bilingües, las organizaciones de colonos, de artesanos, de mujeres, de indígenas residentes que están constantemente apelando a sus derechos, así como una comisaría y un comité ciudadano.

Esta lucha por visibilizar la presencia indígena en el puerto ha promovido la creación de una Dirección de Asuntos Indígenas en el municipio, que antes no existía. Magdalena Valtierra refiere que hace cuatro años la CDI no reconocía a la población indígena del puerto ni los apoyaba con proyectos, aunque más tarde se lograron algunos resultados (testimonio de Magdalena Valtierra, marzo de 2015). Ha sido gracias a una lucha constante de la población indígena que ahora se asume como residente, que las instancias oficiales la han reconocido como un sector social particular con intereses propios y diversos. De cualquier manera, los recursos de que disponen para estos fines son insuficientes y las organizaciones presionan para que se cambie la perspectiva oficial, la cual considera que se trata sólo de grupos pequeños y muy localizados.

A partir de la integración de las colonias de migrantes indígenas en Acapulco surgió la necesidad de que los niños tuvieran una escuela propia. En algunos casos las propias autoridades educativas promovieron su organización, pero en otros fue la propia población, apoyada por maestros de las regiones indígenas, la que luchó para que éstas se construyeran y fueran reconocidas. Hoy en día hay siete escuelas primarias bilingües y tres de nivel preescolar en las que o bien predomina una de las lenguas o hay niños hablantes de distintas lenguas.

Uno de los fundadores de la escuela bilingüe de la colonia Unidos por Guerrero señala que el objetivo de fundarlas ha sido “rescatar esa cultura porque ya se está perdiendo. Se abrieron esas escuelas para no perder la lengua, porque hay muchos muchachos que están aquí ahorita que ya no la hablan”. También se afirma que este tipo de educación es un derecho por el que hay que luchar (entrevistas realizadas en la colonia Unidos por Guerrero, marzo de 2007).

Juanita, una maestra de la escuela de la colonia Chinameca, señala que “el punto principal para nosotros, los maestros, era conservar nuestra lengua, que los niños no perdieran su lengua. Nosotros no estamos de acuerdo en que nuestra lengua no vale, que el español sea la única lengua que debe existir: la nuestra vale como cualquier otra lengua” (entrevista con Juanita, maestra de la escuela de la colonia Chi-



nameca, Acapulco, marzo de 2007). De igual forma la maestra Juanita relata cómo dieron inicio a la fundación de la escuela:

Llegaron muchos señores de Tlaxco, de la Montaña de Guerrero, y empezaron a ver esa necesidad que urgía para sus hijos y ya fue cuando empezaron a platicar más sobre eso y platicaron con unos maestros de que se quería una escuela en la colonia. Eran maestros de la montaña, pero vinieron a ver si había alumnos y si existía la posibilidad de solicitar o gestionar maestros. Vieron que sí había alumnos, porque luego nada más iban los niños a trabajar con sus papás a la playa y no recibían nada de clases, de educación (*idem*).

Otro de los profesores que han animado el trabajo en la escuela bilingüe Unidos por Guerrero comenta que “resistimos culturalmente, pero se trata de resistir mediante trabajo, con el esfuerzo, de ir creciendo. Abarcar una escuela bilingüe no era suficiente; por eso cada vez hay más escuelas bilingües indígenas en Acapulco donde se fomenta el redescubrimiento o reconocimiento de las raíces culturales” (entrevista con el profesor Santiago García Reyes, Acapulco, 2009).

En ambas colonias, por medio de estas escuelas se refuerza el orgullo de ser gente indígena. La escuela, la casa, la colonia, son los espacios donde los niños y jóvenes encuentran comprensión y solidaridad; en contraste, como trabajadores ambulantes son humillados e incluso maltratados en las calles y en las playas por su condición laboral y étnica.

Las familias de las colonias indígenas valoran estas escuelas donde los niños aprenden y entonan el himno nacional en su lengua materna y en español. Estas instituciones bilingües cumplen también con la función de reunir a los padres de familia y a los colonos para recibir cursos y participar en talleres sobre aspectos como nutrición, salud o agricultura, además de gestionar servicios urbanos para las colonias como pavimentación, recolección de basura o alumbrado público, entre otros. La escuela es el centro de la organización social.

Es interesante destacar asimismo el establecimiento en la colonia Unidos por Guerrero de una comisaría “al estilo” de las de la región de la Montaña. Convertida para fines de reconocimiento en comité indígena, desempeña una gran diversidad de actividades que benefician a los colonos, como la dotación de servicios, pavimentación, asuntos de registro civil, arreglo de las escuelas bilingües y otros trámites de servicios

comunitarios. Si bien la idea de la comisaría se sustenta en su fundamento comunitario, en el puerto funciona de manera distinta, pues la encabeza una secretaría conformada por tres hombres y tres mujeres de origen mixteco, nahua, tlapaneco y afrodescendiente. Hay un gran contraste con las comisarías de la Montaña, donde las mujeres no tienen la posibilidad de participar; otra novedad es la diversidad de grupos que la conforman.

Este comité expuso al municipio sus principales demandas en un documento: reconocimiento de la comisaría indígena, el registro civil, construcción de la red de luz, reparaciones de las redes de drenaje y agua potable, del centro de salud y de la oficina para el comité ciudadano; apoyo a proyectos productivos de hortalizas y artesanías, así como para el rescate cultural; realización de talleres sobre alimentación e higiene dirigidos a las mujeres, alfabetización de adultos, respeto a los espacios de trabajo y de venta de productos.

Se puede hablar entonces de un proceso de translocalidad identitaria que tiene su concreción en urbes como Acapulco, donde los indígenas han creado y recreado formas propias de organización social con significado comunitario por la preservación de sus culturas.

Además de la comisaría, se han generado procesos organizativos que pretenden representar a los indígenas migrantes y residentes del puerto, como la Unión de Indígenas Radicados en Acapulco (UIRA) y el Frente Regional de Indígenas en Acapulco (FRIA). La primera agrupa a indígenas de todas las etnias del estado de Guerrero que han llegado a Acapulco. Se creó en la década de 1980 para ayudar a resolver los principales problemas que enfrentaban los indígenas migrantes, como traducción y asesoría jurídica, entre otros. Por su parte, el FRIA nació en febrero de 2010 y ha tenido la función de acceder a recursos financieros para llevar a cabo proyectos productivos y de capacitación. A partir de estas organizaciones, la presencia social indígena en el puerto ha cobrado fuerza y coordinado la gestión de proyectos, la solución de diversas demandas y la movilización en pro de su reconocimiento.

Actualmente se ha iniciado un proceso de organización de acuerdo con las distintas ocupaciones de esta población. Se han constituido agrupaciones de artesanas, de mujeres indígenas “trensadoras”, de productores y vendedores de papalotes, una organización de indígenas vendedores en el parque Papagayo, una organización de indígenas de la playa Condesa, una asociación de artesanos de la colonia Generación 2000, una orga-



© Luis Covarrubias, *Danzante de Santa Cruz, Guerrero*



nización de “raspaderos” del Zócalo, una cooperativa de comercialización de raspados y artesanías, una organización de indígenas de tatuajes y otra de comerciantes de artesanía llamada Grupo Mantú de la Plaza Politécnica. Se han conformado otras asociaciones más territorializadas en las colonias o por su lugar de origen, como la Organización de Indígenas de la Colonia José López Portillo y la Organización de Indígenas del Alto Balsas.

Es importante destacar la participación de las mujeres en este proceso organizativo, ya que desde su llegada al puerto han asumido un papel económico fundamental para solventar los gastos de la familia, que en muchas ocasiones encabezan. Un ejemplo lo constituye la Unión de Mujeres Indígenas Radicadas en Acapulco, que además de animar la concreción de proyectos para sus agremiadas, organiza talleres y eventos a fin de discutir temas prioritarios para ellas y su familia.

Este proceso organizativo no ha resultado fácil en una ciudad donde los indígenas no sólo son minoría, sino que también sufren maltrato y discriminación. Sin embargo, a partir de estas formas asociativas se ha logrado visibilizar y obtener su reconocimiento como trabajadores, comerciantes y colonos con demandas específicas, ya que su ser indígena ha sido para ellos una marca que les torna el camino de la defensa de sus intereses mucho más difícil. En la ciudad viven en colonias con escasos servicios, tienen trabajos informales y en ambas condiciones sufren limitaciones económicas, discriminación y están sujetos a muchos episodios de violencia.

Entre los migrantes que ya se han integrado a la vida social de su nuevo destino se da un importante proceso de reterritorialización: hay casos en que se han creado espacios de resistencia –como los ya mencionados– a partir de los cuales se hace evidente la identidad de los migrantes ya llamados “residentes”, construyéndose así una nueva espacialidad siempre en conflicto que implica interacción y lucha. En esta nueva espacialidad se intercala el anhelo de seguir siendo indígenas, de continuar con los lazos comunitarios y la conexión necesaria con nuevos lazos en las nuevas zonas de trabajo y de vida.

### **La vida familiar, la vida comunitaria**

Es perceptible una redefinición de la vida familiar y de la vida colectiva y comunitaria, ya que las mujeres y los

jóvenes que llegan al puerto participan de una manera más dinámica en la economía familiar y en la toma de decisiones en el ámbito comunitario –colonias, escuelas y asociaciones–. Logran así una mayor equidad en sus derechos, en el acceso a la educación, a la información, a la libertad matrimonial y en la decisión de maternidad y paternidad.

Se advierten cambios en el papel de los integrantes de las parejas y de la familia: se trata de procesos que transforman la vida social y comunitaria en esta dirección, pero también –hay que decirlo– son procesos en los que media una gran cantidad de obstáculos de tipo económico y cultural que los migrantes tratan de superar, sobre todo las mujeres y las nuevas generaciones que viven tanto rupturas como continuidades.

La gente de la colonia Chinameca proviene en su mayoría del pueblo de Tlaxco, localizado en el municipio de Xalpatláhuac, en la Montaña Alta. La ocupación de esta colonia se fue dando desde mediados de la década de 1980, si atendemos a lo que una mujer nos manifestó en una entrevista:

Nosotros somos de Tlaxco; tenemos 20 años en Acapulco. Yo llegué de ocho años. Aquí estudié la primaria y me casé a los 15. Mantenemos ligas con el pueblo; vamos cada año con mis papás en los Días de Muertos y en la fiesta de san Miguel Arcángel. Cuando llegamos acá vendíamos chicles en la Costera; mi mamá hacía pulseras y las vendía. Ella nunca aprendió a hablar bien el español. En nuestro pueblo todavía se siembra, pero antes había más gente en el pueblo; ahora ya no. Muchos se han ido pa'l otro lado o compran un terrenito en Acapulco con lo que mandan de Estados Unidos (entrevista con Alejandra, colonia Chinameca, junio de 2006).

En estas colonias las distintas generaciones han ido cambiando su percepción acerca de la vida en el pueblo y de las perspectivas que como jóvenes o mujeres tienen en el puerto. Cata nos señalaba en entrevista: “Somos de la montaña, pero a mí me gusta más aquí porque vamos a la playa y tenemos dinero; allá sólo el campo produciendo maíz. Aquí vivía mi hermano y por eso me vine; ya todos mis hermanos están aquí. Yo trabajo en la playa, hago trencitas; mi marido vendía paletas y se fue a Estados Unidos para ganar más” (entrevista con Cata, junio de 2006).

Los habitantes indígenas consideran que la vida en el puerto los favorece porque tienen trabajo e ingresos, y asimismo porque han mejorado en otros aspectos de

su vida personal y familiar. De todas formas, manifiestan alguna añoranza de la vida en el pueblo que ya quedó atrás.

Alejandra también nos señalaba:

Yo tengo 26 años y ya no quiero más hijos [...] cuando tenemos muchos hijos no podemos darles todo lo que necesitan; escuela, por ejemplo. Aquí nos dan pláticas. A mí me gusta más allá [Tlaxco] porque el aire es más fresco; lo que uno come es más natural. Mis papás dicen que regresarán cuando tengan 70 años. Aquí venimos a buscar trabajo; aquí tiene de bueno que las mujeres sí van a la escuela y se casan con su novio, no como en el pueblo, que los papás escogen con quién se van a casar. Allá las siguen “vendiendo”; aquí no. Los que apenas llegan acá, a veces quieren seguir con la costumbre (entrevista con Alejandra, colonia Chinameca, junio de 2006).

Los más jóvenes, los que ya nacieron en Acapulco, no se sienten ya ligados con las comunidades de sus abuelos, sobre todo porque gran parte de sus parientes se encuentran en el puerto. Aunque han ido a las escuelas bilingües y dominan el castellano, siguen utilizando la lengua materna porque la hablan en la casa y conviven en su colonia con parientes y vecinos de su mismo pueblo.

Una entrevistada nos señalaba: “Todas las tardes me voy a Papagayo, a la playa. Hago una ‘trecita’ diaria y en temporadas como cinco. A veces saco como 200 pesos al día. Yo no conozco el pueblo de mis padres ni quiero ir; me gusta más aquí. Yo hablo mixteco con mis amigos, con mi familia, pero soy acapulqueña. Tengo 17 años. Quiero conocer Nueva York. Algún día me voy. Allá tengo familia que me podría ayudar” (entrevista con joven indígena residente, junio de 2006).

Sin duda, en el puerto hay una redefinición de la vida familiar, del matrimonio y del papel de las mujeres: se reconstruye la vida colectiva y comunitaria porque las mujeres tienen una mayor participación económica, mayor acceso a la educación, y mantienen más contacto con medios de información, con un medio social más amplio y con distintas organizaciones. Tales cambios no han sido fáciles para estas mujeres, que en este contexto enfrentan obstáculos y conflictos que deben ir superando.

La ritualidad que envolvía la vida matrimonial en las comunidades de origen de los migrantes indígenas de Acapulco, que obligaba a las mujeres a obedecer la voluntad de los padres, ha cambiado o se ha

ido dejando atrás. Algunas de estas prácticas prosiguen y otras se transforman de acuerdo con nuevas necesidades: “rupturas y continuidades”, los llama D’Aubeterre (2000a y b).

Si bien persiste entre los colonos indígenas el orgullo de su herencia étnica, los hombres y las mujeres –éstas últimas en forma más notoria– ya miran sus derechos y obligaciones en la institución matrimonial y familiar de distinta manera. Se recrea el pasado, pero considerando las necesidades de un medio diferente, más heterogéneo, donde las mujeres necesitan trabajar fuera de casa para recibir ingresos y donde las jóvenes deben prepararse para lograr mejores oportunidades de empleo.

### Reflexión final

A partir de este intenso proceso organizativo, los indígenas residentes de Acapulco han cobrado presencia y creado una nueva espacialidad social donde se intercalan un “querer seguir siendo indígenas” –desde la continuidad de los espacios de resistencia creados en Acapulco, imbricada con la continuidad de sus lazos con las comunidades de origen– y los nuevos hábitos y funciones que asume cada uno de los integrantes de estas familias en la ciudad.

Para refuncionalizar su condición inicial de migrantes los indígenas residentes en Acapulco generan alternativas diversas, nuevas formas de conducir su vida, de verse en un antes, un ahora y un después: de generar formas novedosas de ciudadanía como individuos y colectividades que crean y recrean espacios de socialización.

La investigación en torno a este tema ha comprobado que los migrantes indígenas no rompen en definitiva con sus lazos familiares y afectivos en sus lugares de origen; conservan la lengua y otros elementos culturales que los caracterizan. Así, en lugares como Acapulco reproducen su vida familiar y comunitaria a partir del contacto con sus coterráneos, mantienen relaciones de trabajo y participan en la red de relaciones sociales locales, a la vez que retienen el vínculo con su comunidad de origen.

En algunas colonias realizan festividades parecidas a las de sus pueblos originarios o acuden anualmente a las fiestas de sus pueblos para visitar a sus santos patronos. “Se trata de gente que lleva aquí viviendo de 15 a 20 años. Eso ha servido para no perder totalmente las costumbres, la fe” (Guzmán: 2004).

Podríamos coincidir con Gilberto Giménez (1996) al considerar que la

[...] desterritorialización física de los sujetos sociales por desplazamiento o abandono de su lugar de origen no implica automáticamente la “desterritorialización” de su cultura internalizada [...] incluso entre los emigrantes internacionales (de primera generación) la referencia simbólica y subjetiva a la cultura del lugar, de la clase y de la etnia de origen se mantiene viva y operante, sea por vía de la comunicación a distancia o por lo que hemos llamado “reterritorialización” simbólica de la cultura de origen en los lugares de destino [...] la identidad se recompone, se redefine y se readapta, pero sobre la base de conservar lo esencial de la antigua identidad y de la matriz cultural que le sirve de soporte.

Diversos estudios (Grimson, 2011: 11; Reguillo y Godoy, 2005: 12) advierten cómo, frente al movimiento de poblaciones y el desdibujamiento de las fronteras identitarias y territoriales, nacen esfuerzos de reterritorialización. Esto es, de construcción de prácticas segmentadas para fijar el propio terruño, pero también de representaciones translocales para saldar la distancia que separa el lugar de origen del lugar de destino.

La presencia social de los indígenas en sus colonias, sus escuelas y en sus organizaciones constituye la forma en que construyen una nueva espacialidad social donde se da una constante interacción con otros grupos de poder y donde todos los días los indígenas residentes luchan por su reconocimiento en un entorno físico y social; donde se enfrentan cotidianamente a un medio hostil que les exige cambios y adaptaciones.

Hemos llegado a aceptar la idea de que los migrantes, como actores sociales, no son sólo el producto de una situación crítica y de la carencia de oportunidades de desarrollo en sus lugares de origen, pues también producen realidades novedosas y muy dinámicas.

Si bien la nueva red de relaciones a que se incorporan a su llegada a los nuevos lugares de trabajo y de vida los sitúa como “los que llegaron después”, “los de afuera”, “los diferentes e inferiores” por su origen cultural, lingüístico y rural, a partir de esta marca –al reconocerse desde su diferencia– los migrantes indígenas se han abierto a sí mismos la posibilidad de establecer nuevas relaciones sociales para apropiarse de un lugar y enfrentar una estructura de poder, haciendo manifiesta su identidad y sus demandas desde esta nueva situación.

## Bibliografía

- Barroso, Gabriela, *Censo de población levantado en la colonia Unidos por Guerrero*, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 2007.
- , Beatriz Canabal y Nicolasa García, *Nuestra historia. Escuela Ve'savi*, México, Secretaría de Asuntos Indígenas/ Gobierno del Estado de Guerrero, 2010.
- Canabal Cristiani, Beatriz y Cristina Gabriela Barroso, “Mujeres y migración de la Montaña de Guerrero con destino a Acapulco”, en *Veredas*, año 7, núm. 13, 2006, pp. 265-277.
- Censo General de Población y Vivienda*, México, INEGI, 2010.
- D'Aubeterre, M. E., “Mujeres y espacio social transnacional: maniobras para renegociar el vínculo conyugal”, en Dalia Barrera Bassols y Cristina Oehminchen (comps.), *Migración y relaciones de género en México*, México, IIA-UNAM/ Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza, 2000a.
- , *El pago de la novia: matrimonio, vida conyugal y prácticas transnacionales en San Miguel Acuecomac*, Puebla, El Colegio de Michoacán/BUAP/ICSyH, 2000b.
- Encuesta Nacional de Empleo Urbano*, México, INEGI, 2004.
- Giménez, Gilberto, “Territorio y cultura”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, vol. II, núm. 4, diciembre de 1996.
- Grimson, Alejandro, *Los límites de la cultura: crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Guzmán Pérez, Kenia, “Indígenas migrantes en Acapulco”, en *El Sur de Acapulco*, 28 de abril de 2004.
- Oehmichen, Cristina, *Identidad, género y relaciones interétnicas. Mazahuas en la ciudad de México*, México, IIA-UNAM, 2005.
- Reguillo, Rossana y Marcial Godoy, *Ciudades translocales: espacios, flujo, representación: perspectivas desde las Américas*, Guadalajara, ITESO, 2005.
- Romo Viramontes, Raúl, Yolanda Téllez Vázquez y Jorge López Ramírez, *Tendencias de la migración interna en México en el periodo reciente*, en *La situación demográfica en México*, México, Conapo, 2013, en línea [www.conapo.gob.mx].

